

El día en que la terrible quinta del año II hizo limpieza en casa del ciudadano Ragón, César Birotteau, que tenía la promesa de ascender á segundo dependiente, se aprovechó de esta circunstancia para lograr sus deseos, obteniendo cincuenta francos de sueldo al mes y sentándose con inefable gozo á la mesa de los Ragón. El segundo dependiente de *La Reina de las Rosas*, que poseía ya seiscientos francos, obtuvo, pues, un cuarto donde pudo acomodar convenientemente, en muebles codiciados, los trapillos que había ido amontonando poco á poco. Los días de salida, vestido como los jóvenes de la época á los cuales imponía la moda que afectasen maneras brutales, aquel modesto aldeano tenía un porte que le sirvió para franquear las barreras que la domesticidad había interpuesto entre la burguesía y él. Á fines de aquel mismo año, su probidad le valió el cargo de cajero. La imponente ciudadana Ragón lavaba y repasaba la ropa del dependiente.

En Vendimiario de 1794, César, que poseía cien luises de oro, compró papel al treinta, lo pagó la víspera del día en que empezó la depreciación en la Bolsa y estrechó su pequeña fortuna con indecible dicha. Desde aquel día siguió el movimiento de los fondos con ansiedades secretas que le hacían palpitar al oír el relato de los reveses ó de los éxitos que marcaron aquel período de nuestra historia. El señor Ragón, antiguo perfumista de Su Majestad la reina María Antonieta, confió á César Birotteau el secreto de su adhesión á los tiranos caídos en aquellos momentos críticos, y esta confianza fué una de las circunstancias capitales de la vida de César. Las conversaciones de la noche cuando la tienda estaba cerrada, la calle en calma y el arqueo hecho, fanatizaron al turenés, el cual, al hacerse realista, obedecía á sus sentimientos innatos. La narración de las virtuosas acciones de Luis XVI y las anécdotas con que los dos esposos ensalzaban los méritos de la reina, caldearon la imaginación de César. La horrible suerte de aquellas dos cabezas coronadas, guillotinas á pocos pasos de la tienda, llenó de indignación su corazón sensible y le inspiró odio por un sistema de gobierno que tan fácilmente derramaba sangre

inocente. El interés comercial le hacía ver la muerte del negocio en las tormentas políticas, enemigas siempre del tráfico. Por otra parte, cual verdadero perfumista, sentía odio por una revolución que ponía á todo el mundo á lo Tito y suprimía los polvos. Siendo la tranquilidad que procura el poder absoluto el único medio de poder dar vida al dinero, se hizo ardiente partidario de la monarquía. Cuando el señor Ragón le vió tan bien dispuesto, le nombró su primer dependiente y le inició en los secretos de *La Reina de las Rosas*, algunos de cuyos parroquianos eran los más activos y adictos emisarios de los Borbones y se servían de la tienda para mantener la correspondencia del oeste con París. Arrastrado por el fuego de la juventud y electrizado por sus relaciones con los Georges, los La Billardiere, los Montaurán, los Bauván, los Longuy, los Manda, los Bernier, los Guenic y los Fontaine, César tomó parte en la conspiración que los realistas y terroristas dirigieron en 13 de Vendimiario contra la Convención expirante. César tuvo el honor de luchar contra Napoleón en los peldaños de San Roque y fué herido al principiar la escaramuza. Todo el mundo sabe el resultado de aquella tentativa. Si el ayudante de campo de Barras salió de su obscuridad, Birotteau se salvó á causa de la suya. Algunos amigos transportaron al belicoso dependiente á *La Reina de las Rosas*, donde permaneció escondido y fué curado por la señora Ragón, teniendo la suerte de ser olvidado. César Birotteau no había tenido más que un destello de valor militar. Durante el mes que duró su convalecencia, hizo sólidas reflexiones acerca de la ridícula alianza de la política y de la perfumería, y, si siguió siendo realista, resolvió ser pura y simplemente perfumista realista sin comprometerse nunca y entregándose en cuerpo y alma á su patria.

El 18 de Brumario, los señores Ragón, sin esperanzas ya de ver victoriosa á la monarquía, se decidieron á dejar la perfumería y á vivir como buenos burgueses sin mezclarse nunca más en la política. Para recabar el importe de sus existencias, necesitaban encontrar un hombre que tuviese más probidad que ambición y más sentido comercial

que capacidad. Ragón propuso, pues, el traspaso del comercio á su primer dependiente. Birotteau, dueño á los veinte años de mil francos de renta en papel del Estado, titubeó. Toda su ambición consistía en irse á vivir á Chinón cuando tuviera mil quinientos francos de renta y el primer cónsul hubiese consolidado la deuda pública. ¿Por qué arriesgar su honrada y sencilla independencia en los azares del comercio? se decía él. Nunca había creído ganar una fortuna tan considerable y sólo aspiraba á casarse en Turena con una mujer tan rica como él para poder comprar y cultivar *las Tesoreras*, pequeña propiedad que codiciaba para hacer en ella vida felizmente obscura. Iba, pues, á rechazar la proposición de su amo, cuando el amor cambió de pronto sus resoluciones centuplicando la cifra de su ambición.

Desde que Úrsula le había sido infiel, César se había mantenido juicioso, tanto por temor á los peligros que se corren en París por amor, como á causa de sus trabajos. Cuando las pasiones carecen de alimento, se cambian en necesidades, y el matrimonio se convierte entonces para los hombres de la clase media en idea fija, pues no tienen otro medio de hacerse dueños de una mujer. César Birotteau estaba en esta situación. Todo el quehacer del almacén de *La Reina de las Rosas* pesaba sobre el primer dependiente, el cual no tenía un momento libre para entregarse al placer. Haciendo semejante vida, las necesidades son aun más imperiosas; así es que el encuentro de una muchacha hermosa en la que un dependiente libertino no hubiera pensado, tenía que causar mucho efecto al juicioso César.

Un hermoso día del mes de junio, entrando por el puente de María en la isla de San Luis, Birotteau vió á una joven de pie á la puerta de una tienda situada en la esquina del muelle de Anjou. Constanza Pillerault era la primera dependiente de un almacén de novedades titulado *El Marinerito*, que fué el primero en su género que se estableció en París con letreros pintados, banderolas flotantes, muestras de chales, corbatas apiladas como castillos de cartas y otras mil seducciones comerciales, precios fijos, anuncios, ilusiones y efectos de óptica llevados á tal grado de perfección

namiento, que los escaparates de las tiendas se han convertido en poemas comerciales. La baratura de los objetos llamados novedades que se vendían en *El Marinerito*, le dieron un nombre inaudito en el lugar de París menos favorable para el comercio y la fama. Esta primera dependiente era citada entonces por su belleza, como lo fueron después la hermosa cafetera del café de las *Mil columnas* y algunas otras criaturas que han hecho asomarse al escaparate á más jóvenes y viejos que adoquines tienen las calles de París. El primer dependiente de *La Reina de las Rosas*, aunque vivía entre San Roque y la calle de la Sourdiere, como se ocupaba exclusivamente de perfumería, no sospechaba siquiera la existencia de *El Marinerito*, pues las tiendas pequeñas de París se ocupan muy poco unas de otras. César quedó tan sorprendido ante la belleza de Constanza, que entró furiosamente en *El Marinerito* para comprar en él seis camisas, cuyo precio regateó largo rato haciendo que le enseñasen volúmenes de telas, ni más ni menos que si fuese una inglesa deseosa de regatear. La primera dependiente se dignó ocuparse de César al notar, por algunos síntomas que conocen las mujeres, que había ido más bien por la tendera que por la mercancía. César dejó su nombre y su dirección á la dependiente, la cual se mostró indiferente á la admiración del parroquiano una vez que éste hizo la compra. El pobre dependiente había hecho poca cosa para captarse las simpatías de Constanza; se había quedado mudo é inmóvil como un poste, el amor había contribuido á que pareciese aun más parado, y, por otra parte, estaba demasiado deslumbrado para notar la indiferencia que sucedió á la sonrisa de aquella sirena.

Durante ocho días, fué todas las noches á pasear por delante de *El Marinerito* acechando una mirada como acecha un perro un hueso á la puerta de una cocina, indiferente á las burlas que se permitían los dependientes y las dependientes y dejando paso con humildad á los compradores y á los transeuntes, atentos á las pequeñas revoluciones de la tienda. Algunos días después, tras pensarlo mucho, decidióse á entrar en el paraíso donde moraba su ángel,

más bien para comunicarle una idea luminosa que para comprar pañuelos.

—Señorita, si necesita usted perfumes, yo se los podré proporcionar—le dijo César al pagarle.

Constanza Pillerault recibía á diario brillantes proposiciones, aunque nunca de matrimonio, y á pesar de que su corazón era tan puro como blanca su frente, sólo después de seis meses de marchas y contramarchas, durante las cuales le demostró César su infatigable amor, se dignó recibir los favores de éste, aunque sin hacerle ninguna promesa, prudencia esta exigida por el infinito número de adoradores que tenía, como taberneros, cafeteros y otros. El amante se había proporcionado un apoyo en el tutor de Constanza, don Claudio José Pillerault, quincallero establecido en el muelle de la Ferreteria, donde acabó por conocerle, entregándose á ese espionaje subterráneo que distingue al amor verdadero. La rapidez de este relato obliga á guardar silencio acerca de los goces del amor parisiense hecho con inocencia, y á callar las prodigalidades propias de los dependientes, como melones de los primeros, comidas en casa de Vénua y giras campestres en coche los domingos. Sin ser guapo, César no tenía nada en su persona que se opusiese á que fuera amado. La vida de París y su permanencia en un almacén sombrío habían acabado por borrar la vivacidad de su tez de aldeano. Su abundante cabellera negra, su hermosa contextura, su aire sencillo y probo, todo contribuía á disponer el ánimo en su favor. El tío Pillerault, encargado de velar por la dicha de la hija de su hermano, había tomado informes y sancionó las intenciones del turenés. En 1800, durante el hermoso mes de mayo, la señorita Pillerault consintió en casarse con César Birotteau, el cual se desmayó de alegría en el momento en que Constanza Bárbara Josefina pronunció el ansiado sí bajo un tilo en Sceaux.

—Hija mía—le dijo el señor Pillerault,—adquieres un buen marido. César tiene un corazón ardiente, sentimientos honrados, es franco como el oro, juicioso como el Niño Jesús, en fin, el rey de los hombres.

Constanza abdicó francamente de los brillantes destinos con que había soñado algunas veces, como todas las dependientas; quiso ser mujer honrada y buena madre, y adaptó su vida al religioso programa de la clase media. Por lo demás, este papel estaba más conforme con sus ideas que las peligrosas vanidades que seducen á tantas jóvenes parisienses. Dotada de corta inteligencia, Constanza ofrecía el tipo de la mujer de su casa cuyos trabajos van siempre acompañados de gruñidos, que comienza por rechazar lo que desea, cuya inquieta actividad se emplea en la cocina y en la caja, en los asuntos más graves y en las insignificancias de la ropa, que ama riñendo, que no concibe las ideas más sencillas, que razona acerca de todo, lo teme todo, lo calcula todo y piensa siempre en el porvenir. Su belleza fría, pero cándida, y su frescura, impidieron que Birotteau viese sus defectos, los cuales estaban, por otra parte, compensados con esa delicada probidad propia de las mujeres, con un orden excesivo y con el fanatismo del trabajo y el genio de la venta. Constanza tenía á la sazón diez y ocho años y poseía once mil francos. César, que se había hecho ambicioso á causa del amor, compró las existencias de *La Reina de las Rosas* y las transportó á una hermosa casa situada cerca de la plaza de Vendôme. Como contaba únicamente veintiún años y se veía casado con una mujer adorada y dueño de un establecimiento cuyas tres cuartas partes del valor había pagado, debió esperar un porvenir hermoso, sobre todo al considerar los progresos que había hecho desde el punto de partida. Roguín, notario de los Ragón, fué el redactor del contrato matrimonial, y dió sabios consejos al nuevo perfumista, impidiéndole que acabase de hacer el pago de las existencias con la dote de su mujer.

—Hijo mío, guarde usted ese dinero por si se presenta algún buen negocio—le había dicho el buen hombre.

Birotteau miró al notario con admiración, se acostumbró á consultarle y se hizo amigo suyo. Como Ragón y Pillerault tuvo tanta fe en el notariado, que en aquella época se entregaba á Roguín sin permitirse una sospecha. Gracias á aquel consejo, César, provisto de los once mil francos de

Constanza para empezar su comercio, no hubiese cambiado su *haber* por el del primer cónsul, por brillante que pareciese ser el *haber* de Napoleón. En primer término, Birotteau no tuvo más que una cocinera, se instaló en el entre-suelo situado sobre la tienda, donde los recién casados empezaron una eterna luna de miel. La señora de César apareció tras el mostrador como una maravilla, su célebre belleza ejerció enorme influencia en la venta, y entre los elegantes del Imperio no se habló más que de la hermosa señora de Birotteau. Si César fué acusado de realismo y algunos comerciantes vecinos envidiaron su suerte, en cambio el mundo hizo justicia á su probidad y le consideró digno de ser feliz. El balazo recibido en los peldaños de San Roque le dió reputación de hombre valeroso y versado en la política, á pesar de que su corazón no encerraba ningún valor militar ni su cerebro ninguna idea administrativa. En este estado las cosas, las gentes honradas del distrito le nombraron capitán de la guardia nacional; pero fué destituido por Napoleón, el cual, según Birotteau, le guardaba rencor desde que había tenido el encuentro con él en Vendimiario. De esta suerte y sin gran riesgo, César adquirió un barniz de persecución que contribuyó á hacerle interesante á los ojos de sus contrarios y á darle cierta importancia.

He aquí cual fué la suerte de aquel matrimonio, feliz siempre en lo que atañe á los sentimientos y agitado únicamente por las ansiedades comerciales.

Durante el primer año, César Birotteau instruyó á su mujer en la venta de perfumerías al por menor, de la cual se impuso ella tan admirablemente, que parecía haber sido echada al mundo y criada para engatusar á los parroquianos. Una vez acabado el primer año, el perfumista hizo su inventario y quedó asombrado de sus resultados, toda vez que consideró que en veinte años no habría podido ganar el modesto capital de cien mil francos en que quedó cifrado el número de sus utilidades. Entonces resolvió hacer fortuna con más rapidez y pensó ante todo en unir la fabricación á la venta al por menor. Contra la opinión de su mujer, alquiló una barraca y terrenos en el arrabal del Temple, puso allí un le-

tero que decía: FÁBRICA DE CÉSAR BIROTTEAU, y tomó un obrero con el cual comenzó á medias alguna fabricación de jabones, esencias y agua de Colonia. Su asociación con aquel obrero no duró más que seis meses y terminó con pérdidas para él únicamente. Sin desanimarse, Birotteau quiso obtener resultados á toda costa, con el objeto de que no le riñese su mujer, á la cual confesó después que en aquel tiempo de desesperación su cabeza ardía como una marmita, y que, á no haber sido por sus sentimientos religiosos, más de una vez se hubiese arrojado al Sena. Desolado ante algunas experiencias infructuosas, callejeaba un día á lo largo de los paseos esperando la hora de comer (el parisiense callejero es más frecuentemente un desesperado que un ocioso), y entre algunos libros instalados en un puesto, sus ojos pudieron percibir este título: *Abdeker ó el arte de conservar la belleza*. César compró en seguida el pretendido libro árabe, especie de novela hecha por un médico del siglo anterior, y fijóse en una página en que se trataba de perfumes. Apoyado contra un árbol del paseo para hojear el libro, Birotteau leyó una nota en que el autor explicaba la naturaleza de la dermis y de la epidermis, y demostraba que tal pasta ó tal jabón producía á veces un efecto contrario al que se deseaba si la pasta y el jabón tonificaban la piel que debía ser ablandada, ó ablandaban la piel que exigía tónicos. Birotteau vió una fortuna en este libro. Sin embargo, como confiaba poco en sus conocimientos, se fué á ver al célebre químico Vauquelin y le rogó sencillamente que le dijese los medios de componer un doble cosmético que produjese efectos apropiados á las diversas naturalezas de la epidermis humana. Los verdaderos sabios, esos hombres tan realmente grandes, en el sentido de que no tienen nunca en vida la celebridad que merecen por sus inmensos trabajos desconocidos, son casi todos serviciales y sienten simpatía por los pobres de espíritu. Vauquelin protegió, pues, al perfumista, y le permitió titularse inventor de una pasta para blanquear las manos cuya composición le indicó. Birotteau llamó *Doble pasta de las Sultanas* á este cosmético, y á fin de completar la obra, aplicó el procedimiento de la pasta para las ma-

nos á un agua para la tez que tituló *Agua Carminativa*. Imitando en parte el sistema del *Marinerito*, César fué el primer perfumista que desplegó ese lujo de pasquines, anuncios y medios de publicidad llamados tal vez injustamente charlatanismo.

La *Pasta de las Sultanas* y el *Agua Carminativa* aparecieron en el universo galante y comercial con anuncios de colores, á la cabeza de los cuales se leían estas palabras: *Aprobados por el Instituto*. Esta fórmula, empleada por primera vez, dió unos resultados mágicos. No sólo Francia, sino todo el continente, quedó plagado de anuncios amarillos, rojos y azules por el soberano de *La Reina de las Rosas*. En una época en que no se hablaba más que de Oriente, llamar á un cosmético cualquiera *Pasta de las Sultanas*, adivinando la magia ejercida por estas palabras en un país en que todo hombre tiende tanto á ser sultán como la mujer á ser sultana, era una idea que lo mismo podía ocurrírsele á un hombre ordinario que á uno de talento; pero juzgando siempre el público por los resultados, Birotteau pasó tanto más por hombre superior, comercialmente hablando, cuanto que redactó él mismo un prospecto cuya ridícula fraseología fué un elemento de éxito. Aunque Birotteau no se hubiese fingido tonto, todo el mundo le atribuyó el talento de hacerlo con oportunidad. No sin trabajo, hemos podido encontrar un ejemplar de aquel prospecto en la casa Popinot y Compañía, drogueros de la calle de los Lombardos. Este curioso documento pertenece al número de los que los historiadores titulan *piezas justificativas* en un círculo más elevado. Helo aquí, pues:

DOBLE PASTA DE LAS SULTANAS
Y AGUA CARMINATIVA

DE CÉSAR BIROTTEAU
DESCUBRIMIENTO MARAVILLOSO
Aprobado por el Instituto de Francia

«Hace ya tiempo que eran generalmente deseados por los dos sexos de Europa una pasta para las manos y un agua

para la cara que diese en el tocador un resultado superior al obtenido por el Agua de Colonia. Después de haber consagrado muchas vigiliass el estudio de la dermis y de la epidermis de los dos sexos, los cuales dan, con razón, una gran importancia á la suavidad, á la finura, al brillo de la piel, el señor Birotteau, perfumista conocidísimo en la capital y en el extranjero, ha descubierto una pasta y un agua llamados justamente maravillosos, desde su aparición, por los elegantes de París. En efecto, esta pasta y esta agua poseen asombrosas propiedades para influir en la piel sin arrugarla prematuramente, efecto segurísimo de las drogas empleadas inconsideradamente hasta el día é inventadas por ignorantes avaros. Este descubrimiento está basado en la división de los temperamentos, que forman dos grandes clases indicadas por el color de la pasta y del agua, las cuales son de color rosa para la dermis y la epidermis de las personas de constitución linfática, y blancas para las de las que gozan de un temperamento sanguíneo.

»Esta pasta llámase *de las Sultanas*, porque este descubrimiento fué hecho para el serrallo por un médico árabe. Está aprobada por el Instituto, previa información de nuestro ilustre químico Vauquelin, y el agua está también basada en los principios empleados para la composición de la pasta.

»Esta preciosa pasta, que exhala los más gratos perfumes, hace, pues, desaparecer las pecas más rebeldes, blanquea las epidermis más recalcitrantes y disipa los sudores de manos de que tanto se quejan los hombres y las mujeres.

»El *Agua Carminativa* hace desaparecer esos pequeños granitos que les salen inopinadamente á las mujeres en ciertos momentos y contrarían sus proyectos para el baile; refresca y reanima los colores abriendo ó cerrando los poros según las exigencias del temperamento, y es tan conocida ya como defensora de los ultrajes del tiempo, que muchas damas la titulan, por agradecimiento, la *Amiga de la belleza*.

»El Agua de Colonia es pura y simplemente un perfume insignificante sin eficacia especial, mientras que la *Doble pasta de las Sultanas* y el *Agua Carminativa* son dos composi-

ciones operantes de una potencia motriz que influye sin peligro sobre las cualidades internas secundándolas; sus perfumes, esencialmente balsámicos y agradables, impresionan agradablemente el corazón y el cerebro, comunican ideas y las despiertan, resultando así tan asombrosas por su mérito como por su sencillez; en una palabra, que con este producto ofrecemos un atractivo más á las mujeres, y un nuevo medio de seducción á los hombres.

»El uso periódico del *Agua* disipa los ardores ocasionados por el afeite, preserva igualmente los labios de las aberturas y los mantiene rojos, borra á la larga las pecas y acaba por tonificar las carnes. Estos efectos anuncian siempre en el hombre un equilibrio perfecto entre los humores, lo cual tiende á librar de la jaqueca á las personas sujetas á esta horrible enfermedad. Finalmente, el *Agua carminativa*, que pued ser empleada por las mujeres en todas las operaciones del tocado, preserva de las afecciones cutáneas sin perjudicar á la traspiración de los tejidos, á los cuales comunica una persistente finura.

»Dirigirse, franco de porte, á Don César Birotteau, sucesor de Ragón, antiguo perfumista de la reina María Antonieta y dueño hoy de *La Reina de las Rosas*, situada en la calle de San Honorato en París, cerca de la plaza de Vendome.

»El precio del pan de pasta es tres francos, y seis el de la botella.

»Para evitar todas las falsificaciones, don César Birotteau advierte al público que la pasta va envuelta en un papel que lleva su firma y las botellas tienen un sello incrustado en el vidrio.»

Sin que César lo sospechase, el éxito fué debido á Constanza, la cual le aconsejó que enviase el *Agua Carminativa* y la *Pasta de las Sultanas* por cajas á todos los perfumistas de Francia y del extranjero, ofreciéndoles una rebaja de treinta por ciento si tomaban los dos artículos por gruesas. En realidad, la pasta y el agua eran mejores que los cosméticos análogos, y seducían á los ignorantes con la distinción esta-

blecida entre los temperamentos. Cebados con la ganancia, los quinientos perfumistas de Francia compraron anualmente en casa de Birotteau más de trescientas gruesas de pasta y de agua cada uno, consumo este que le produjo beneficios que, si eran módicos en pequeño, resultaban enormes en grandes cantidades. Entonces César pudo comprar los terrenos y las barracas del arrabal del Temple, construyó allí vastas fábricas, decoró magníficamente su almacén de *La Reina de las Rosas* y así su mujer dejó de temblar por él porvenir, y en su hogar se sintieron los saludables beneficios del desahogo.

En 1810, la señora Birotteau previó un alza en los alquileres é instó á su marido á que arrendase toda la casa cuyo entresuelo y tienda ocupaban, y á que se trasladase al primer piso. Una circunstancia feliz decidió á Constanza á cerrar los ojos á las locuras que Birotteau hizo por ella en su habitación. El perfumista acababa de ser elegido juez del tribunal del comercio. Su probidad, su conocida delicadeza y la consideración de que gozaba, le valieron una fama que contribuyó á que fuese considerado como uno de los comerciantes más notables de París. Para aumentar sus conocimientos, se levantó á las cinco de la mañana y leyó obras de jurisprudencia y libros que trataban de litigios comerciales. Su amor á la justicia, su rectitud y sus buenos deseos, cualidades esenciales para apreciar las dificultades sometidas á las sentencias consulares, hicieron de él uno de los jueces más estimados. Sus defectos contribuyeron también á aumentar su reputación. Comprendiendo su inferioridad, César subordinaba gustoso su opinión á la de sus colegas, los cuales, al verse escuchados con tanta atención, le buscaron y le alabaron, los unos encantados de su modestia y los otros de su amabilidad. Los comerciantes juzgados alabaron su benevolencia y su espíritu conciliador, y en muchas ocasiones fué nombrado árbitro. Mientras duraron sus funciones, supo formarse un lenguaje plagado de lugares comunes y sembrado de axiomas y de cálculos traducidos en frases redondeadas, las cuales, pronunciadas con amabilidad, tenían apariencias de oratoria para los oídos

de las gentes superficiales. De este modo supo agradar á esa mayoría compuesta de medianías. Sin embargo, perdía César tanto tiempo en el tribunal del comercio, que su mujer le obligó á renunciar en lo sucesivo á tan costoso honor.

Por el año 1813, gracias á su constante unión y después de haber recorrido vulgarmente una parte de la vida, aquel matrimonio vió comenzar una era de prosperidad que parecía llamada á no ser nunca interrumpida. Los señores Ragón, sus predecesores, su tío Pillerault, Roguín el notario, los Matifat, drogueros de la calle de los Lombardos y proveedores de *La Reina de las Rosas*, José Lebas, pañero, sucesor de los Guillaume y dueño de *El Gato que pelotea*, el juez Popinot, hermano de la señora Ragón, Chiffreville, de la casa Protez y Chiffreville, los señores Cochín, comanditarios de los Matifat, el abate Loraux, confesor y director de las gentes piadosas de esta tertulia, y algunas otras personas, componían el círculo de sus amigos. No obstante las ideas monárquicas de Birotteau, la opinión pública estaba entonces de su parte y le creía muy rico, sin embargo de que sólo poseía cien mil francos fuera de su comercio. La regularidad de sus negocios, su exactitud y su costumbre de no deber nada y de no cobrar nada por el descuento de valores cuando éstos eran seguros y pertenecían á algún amigo, le valieron un crédito enorme. Por otra parte, había ganado realmente mucho dinero; pero sus construcciones y sus fábricas le habían costado mucho y gastaba en su casa cerca de veinte mil francos anuales. Asimismo, la educación de Cesarina, que era tan idolatrada por Constanza como por César, exigía grandes sumas. Ni el padre ni la madre miraban el dinero cuando se trataba de causar un placer á su hija, de la cual no habían querido separarse nunca. Imaginaos los goces del pobre aldeano advenedizo cuando oía á su encantadora Cesarina repitiendo en el piano una sonata de Steibelt ó cantando una romanza, cuando la veía escribir correctamente la lengua francesa, cuando la admiraba leyendo á Racine padre é hijo, dibujando un paisaje ó haciendo una acuarela. ¡Qué dicha para él revivir en un flor tan bella y tan pura, que aun no

había dejado el regazo materno! un ángel, en fin, cuyas gracias nacientes y cuyos primeros desarrollos había seguido con tanto apasionamiento en una hija única incapaz de despreciar á su padre y de burlarse de su falta de instrucción. Al llegar á París, César sabía leer, escribir y contar; pero su instrucción no había pasado de aquí, pues su laboriosa vida le había impedido adquirir ideas y conocimientos ajenos al comercio de la perfumería. Tratando constantemente con gentes indiferentes á las ciencias y á las letras y cuya instrucción no abrazaba más que especialidades, y careciendo de tiempo para entregarse á estudios elevados, el perfumista se convirtió en hombre práctico, se apropió el lenguaje, los errores y las opiniones del burgués parisiense que admira de palabra á Molière, á Voltaire y á Rousseau, que compra sus obras sin leerlas y que sostiene que debe de decirse *ormario*, porque las mujeres encierran en este mueble su oro, y que sólo se dice *armario* por corrupción. Potier, Talma y la señorita Mars eran diez veces millonarios, y no vivían como los demás humanos. El gran trágico comía carne cruda y la señorita Mars se hacía á veces picar perlas para imitar á una célebre actriz egipcia. El emperador llevaba en sus chalecos unos bolsillos de cuero para poder tomar el tabaco á puñados, y subía á caballo y al galope la escalera del invernadero de Versalles. Los escritores y los artistas morirían en el hospital á causa de sus originalidades; por otra parte, todos eran ateos y era preciso guardarse de recibirlos en las casas. José Lebas citaba con espanto la historia del matrimonio de su cuñada Agustina con el pintor Sommervieux. Los astrónomos vivían del aire. Estos puntos luminosos de sus conocimientos de la lengua francesa, del arte dramático, de política, de literatura y de ciencia, explican el alcance de aquellas inteligencias. Un poeta que pasa por la calle de los Lombardos puede soñar con Asia al sentir en ella ciertos perfumes. Sorprendido por el brillo de la cochinilla, ve en ella los poemas brahmánicos, sus religiones y sus castas. Al percibir el marfil en bruto, monta sobre el dorso de los efefantes; pero el comerciante ignora de dónde provienen los productos con que

trabaja. Birotteau, perfumista, no sabía una palabra de historia natural ni de química. Considerando á Vauquelin como un gran hombre, lo tenía por una excepción y razonaba como aquel abacero retirado que resumía una discusión acerca de la manera de adquirir el té diciendo con aire socarrón: «El té no se obtiene más que de dos maneras: *por caravana ó por el Hayre*». Según Birotteau, el áloes y el opio no se encontraban más que en la calle de los Lombardos. El agua de rosa, llamada de Constantinopla, se hacía en París con el Agua de Colonia. Estos nombres de lugares habían sido inventados para agradar á los franceses, que no pueden soportar las cosas de su país. Un comerciante francés tenía que decir que su descubrimiento era inglés, á fin de darle fama; del mismo modo que un droguero inglés atribuye el suyo á Francia. Sin embargo, César no podía ser nunca completamente tonto ó imbécil; la probidad y la bondad comunicaban á los actos de su vida un reflejo que los hacía respetables, pues una acción hermosa hace aceptar todas las ignorancias posibles. Sus constantes éxitos le dieron seguridad, y en París la seguridad se considera como poder, por ser aquella consecuencia de éste. Una vez que la mujer de César estudió á su marido durante los tres primeros años de matrimonio, fué presa de continuas ansias, pues Constanza representaba en esta unión la parte sagaz y previsor, la duda, la oposición, el temor, como César representaba la audacia, la acción, la ambición, la inaudita dicha de la fatalidad. Á pesar de las apariencias, el perfumista era miedoso, mientras que su mujer tenía en realidad paciencia y valor. De esta suerte, un hombre pusilánime, sin instrucción, sin ideas, sin conocimientos y sin carácter, llegó, gracias á su conducta, á su amor á la justicia, á su bondad verdaderamente cristiana y á su amor por la única mujer que había poseído, á sentar plaza de hombre notable, valeroso y lleno de resolución. El público no veía más que los resultados. Á escepción de Pillerault y del juez Popinot, las demás personas de la sociedad de César sólo le apreciaban superficialmente y no podían juzgarle. Por otra parte, los veinte ó treinta amigos que se reunían entre sí

decían siempre las mismas necedades, su conversación estaba siempre llena de los mismos lugares comunes y se consideraban todos como hombres superiores en sus profesiones respectivas. Las mujeres hablaban de buenas comidas y de adornos, y todas se permitían decir palabras de desprecio acerca de sus respectivos maridos. La señora Birotteau era la única que tenía el buen sentido de tratar al suyo con respeto en público, pues veía en él al hombre que, á pesar de su secreta ignorancia, había ganado su fortuna y su consideración social, de la cual participaba también ella. Lo único que hacía Constanza era preguntarse lo que era el mundo y si todos los hombres eminentes se parecerían á su marido. Esta conducta no contribuía poco á mantener la respetuosa estimación concedida á un comerciante de un país donde las mujeres son bastante dadas á desprestigiar á sus maridos y á quejarse de ellos.

Los primeros días del año 1814, tan fatal para Francia, fueron señalados para los Birotteau con dos acontecimientos, poco notables para cualquier otro matrimonio, pero bastante importantes para impresionar á almas sencillas como las de César y su mujer, los cuales, al fijar sus ojos en el pasado, no veían en él más que gratas emociones. Habían tomado como primer dependiente á un joven de veintidós años llamado Fernando de Tillet. Este muchacho, que acababa de salir de una perfumería donde le habían negado participación en los beneficios, y que pasaba por un genio, trabajó mucho para entrar en *La Reina de las Rosas*, cuyos dueños y costumbres le eran muy conocidos. Birotteau le aceptó y le señaló mil francos de sueldo con la intención de constituirlo en su sucesor. Fernando ejerció tan grande influencia en los destinos de esta familia, que es necesario decir algunas palabras acerca de él. En primer término, se llamaba sencillamente Fernando, sin nombre de familia. Esta anonimía le pareció una inmensa ventaja en el momento en que Napoleón escudriñó el contingente de todas las familias para buscar soldados. Sin embargo, era indudable que había nacido en alguna parte, á causa sin duda de alguna cruel y voluptuosa fantasía. He aquí los pocos informes recogidos

acerca de su estado civil. En 1793, una pobre muchacha de Tillet, pequeño lugar situado cerca de Andelys, fué á parir de noche al jardín del párroco de la iglesia y luego se ahogó, no sin antes haber llamado á las ventanas del cura. El buen sacerdote recogió al niño, le dió el nombre del santo del día, y lo crió y educó como si fuese hijo suyo. El cura murió en 1804 sin dejar una fortuna que fuese bastante opulenta para sufragar la educación que había comenzado. Fernando, lanzado á París, hizo allí una vida de filibustero que lo mismo podía conducirle al patíbulo que á la fortuna, al foro, á la milicia, al comercio ó á la domesticidad. Fernando, obligado á vivir como un verdadero Figaro, fué primero viajante de comercio, y luego dependiente de perfumista en París, adonde volvió después de haber recorrido todo Francia, de haber estudiado el mundo y de haberse decido á medrar á toda costa. En 1813, juzgó necesario confirmar su edad y procurarse un estado civil requiriendo al juzgado de Andelys, el cual hizo pasar su partida de bautismo de los registros del presbiterio á los de la alcaldía, obteniendo una rectificación mediante la cual adquiriría el apellido de de Tillet, que era el que había usado hasta entonces. Sin padres conocidos, sin más tutor que el fiscal, solo en el mundo y sin tener que rendir cuentas á nadie, trató á la sociedad duramente, no reconoció más guía que su interés y juzgó buenos todos los modos de hacer fortuna. Este normando, que poseía peligrosas capacidades, unía á su deseo de medrar los groseros defectos reprochados, con razón ó sin ella, á los naturales de su provincia. Sus modales zalameros ocultaban un espíritu poco recto, pues ponía en duda audazmente los derechos ajenos, no cedía un átomo de los suyos y empleaba el tiempo y su voluntad inflexible como medios de fatigar á su adversario. Su principal mérito consistía en el de los Scapines de la antigua comedia; poseía su fertilidad de recursos, su astucia para vadear lo injusto y su prurito de apoderarse de lo que podía. Finalmente, contaba aplicar á su indigencia la frase que el abate Terray decía en nombre del Estado, sin perjuicio de llegar á ser más tarde un hombre honrado. Dotado

de una actividad apasionada y de intrepidez militar para pedir á todo el mundo lo mismo una acción buena que una mala, justificando su petición con la teoría del interés personal, era muy poco delicado en la elección de los medios, y consideraba demasiado seguro el éxito del dinero como absolución de todo pecado para no medrar tarde ó temprano. Un hombre semejante, colocado entre el presidio y los millones, tenía que ser vengativo, absoluto y rápido en sus determinaciones, pero disimulado como un Cromwell que quisiese decapitar á la probidad. Su profundidad estaba escondida bajo la capa de un espíritu burlón y ligero. No obstante ser simple dependiente de perfumista, no ponía límites á su ambición y había dirigido á la sociedad una mirada rencorosa, diciéndole: «Serás mía». Se había jurado á sí mismo no casarse hasta los cuarenta años, y cumplió su palabra. En lo físico, Fernando era un joven bien plantado, de buena estatura y de maneras mixtas que le permitían adaptarse á todas las necesidades. Su cara desmirriada agradaba á primera vista, pero tratándole mucho, sorprendía en ella esas extrañas expresiones que afectan las personas que están mal consigo mismas, ó cuya conciencia gruñe á ciertas horas. Su tez, de ardiente color, tenía cierta aspereza. La mirada de sus ojos claros era penetrante y terrible cuando se fijaba en su víctima. Su voz parecía extinguida como la del hombre que ha hablado largo rato. Sus labios delgados no carecían de gracia, pero su nariz puntiaguda y su frente, ligeramente bombeada, denotaban un defecto de raza. Finalmente, sus cabellos, de color semejante al de los que se los tiñen de negro, indicaban á un mestizo social que había heredado su espíritu de un gran señor libertino y su bajeza de una aldeana seducida, sus conocimientos de una educación incompleta y sus vicios de su estado de abandono. Birotteau supo con profundo asombro que su dependiente salía por las noches muy elegante y que volvía á casa muy tarde después de haber asistido á los bailes que se daban en casa de los banqueros y de los notarios. Estas costumbres desagradaron á César, el cual entendía que los dependientes debían estudiar los libros de su casa y pensar exclusiva-

mente en su profesión. El perfumista reprochó cariñosamente á de Tillet su afán de llevar ropa tan fina y el hecho de tener tarjetas con el nombre de este modo: F. DE TILLET, moda que á su juicio pertenecía exclusivamente á las gentes del gran mundo. Fernando había entrado en casa de este Orgón con intenciones de Tartufo, hizo la corte á la señora Birotteau, trató de seducirla y juzgó á su amo como lo juzgaba Constanza, pero con asombrosa prontitud. Aunque discreto, reservado y sin decir lo que deseaba decir, de Tillet manifestó su opinión acerca de los hombres y de la vida de un modo que asustó á aquella mujer timorata que participaba de las creencias de su marido y consideraba como un crimen el hecho de causar el más leve daño á un semejante. Á pesar de la astucia que empleó la señora Birotteau, de Tillet adivinó el desprecio que le inspiraba. Constanza, que había recibido varias cartas amorosas de Fernando, no tardó en notar un cambio en las maneras de su dependiente, el cual tomó con ella aires familiares para hacer creer á la gente que se entendían. La perfumista, sin comunicar á su marido las razones, le aconsejó que despidiese á Fernando. Birotteau estuvo de acuerdo con su mujer en este punto, y, por lo tanto, quedó resuelto el despido del dependiente. Un sábado por la noche, tres días antes de despedirle, Birotteau hizo el arqueo mensual de caja y vió que le faltaban tres mil francos. Su consternación fué inmensa, más bien que por la pérdida, por las sospechas que podían recaer en tres dependientes, una cocinera, un mozo de almacén y algunos otros obreros. ¿Á quién echar la culpa? La señora Birotteau no salía nunca de detrás del mostrador. El dependiente encargado de la caja era un sobrino del señor Ragón, llamado Popinot, joven de diez y nueve años á quien consideraban como la probidad en persona. Esto sin contar con que las cuentas que acusaban el déficit, por estar en desacuerdo con las existencias de caja, indicaban que la sustracción había sido hecha después del balance. Los dos esposos resolvieron callarse y vigilar. El día siguiente era domingo y recibían á sus amigos. Las familias que componían aquella especie de reunión se congregaban una vez en cada casa. Ju-

gando á la berlanga, Roguín, el notario, puso sobre el tapete unos luises viejos que la señora Birotteau había recibido algunos días antes de manos de una recién casada llamada la señora de Espard.

—¿Ha robado usted algún cepillo?—le dijo el perfumista riéndose.

Roguín dijo que había ganado aquel dinero en casa de un banquero á de Tillet, el cual confirmó la respuesta sin ruborizarse. El perfumista, por su parte, se puso rojo como la grana. Una vez disuelta la reunión, en el momento en que Fernando iba á acostarse, Birotteau lo condujo á su almacén bajo pretexto de hablarle de negocios.

—De Tillet,—le dijo,—me faltan tres mil francos de la caja y yo no puedo sospechar de nadie; la circunstancia de los luises viejos parece acusarlo á usted demasiado para que yo no le hable de esto; así es que no debemos acostarnos sin haber corregido este error, porque, después de todo, muy bien pudiera ser una equivocación ó que usted hubiera tomado alguna cantidad á cuenta de su sueldo.

De Tillet dijo que efectivamente había tomado aquel dinero, y como el perfumista hubiese abierto su libro Mayor, se encontró con que aquella cantidad no estaba adeudada en la cuenta de su dependiente.

—Tenía prisa, y por eso no le dije á Popinot que la adeudase—contestó Fernando.

—Está bien—dijo Birotteau, desconcertado al ver el aplo- mo del normando, que conocía admirablemente al hombre honrado en cuya casa había entrado para hacer fortuna.

El perfumista y su dependiente pasaron la noche en indagaciones que juzgaba inútiles el digno comerciante. Yendo y viniendo, César colocó tres billetes de mil francos en la caja pegándolos á una de sus paredes y después fingió estar agobiado de fatiga, pareció dormir y roncó. De Tillet le despertó triunfalmente y denotó gran alegría al ver deshecho el error. Al día siguiente Birotteau rió públicamente á Popinot y á su mujer y fingió encolerizarse á causa de su negligencia. Quince días después, Fernando de Tillet entró en casa de un agente de cambio. Según él, la perfumería no le conve-